

Aprendices de brujo:
Una novela en estado puro
Carlos Espinosa Domínguez

Interrogado por un periodista acerca de los libros que le gusta leer, Antonio Orlando Rodríguez respondió: “Me encantan las novelas que cuentan cosas, con personajes vivos, con una acción —externa o interior— intensa, que me atrapan y me sumergen en su mundo. Me aburren las novelas en las que el autor se olvida de pronto de la historia que estaba contando y dedica párrafos y párrafos a sentar cátedra sobre sus ideas morales, políticas o filosóficas, o demostrarnos lo bien que sabe escribir y lo lírica que puede ser su prosa. Generalmente, ese tipo de libro lo cierro, o me salto sin ningún remordimiento esos pasajes”. Rodríguez pertenece, evidentemente, a los autores que escriben las obras que les gusta leer, pues ésas son las reglas de oro que ha llevado a la práctica en [Aprendices de brujo](#), que marca su estreno como novelista.

Estamos, en primer término, ante un libro en el cual, a lo largo de sus casi quinientas páginas, Rodríguez nos conduce por las innumerables y vertiginosas peripecias por las que atraviesan sus dos protagonistas. Es lo que Mario Vargas Llosa ha llamado “el laberinto de la novelaría”, término que aplica a los textos narrativos que reivindican el despliegue imaginativo y la fabulación sin fronteras, y cuya tradición en lengua castellana inicia, recuerda el creador de *La tía Julia y el escribidor*, Joanot Martorell con su *Tirant lo Blanc*. En ese sentido, *Aprendices de brujo* es, para regocijo de Rodríguez, una novela cuya lectura resulta subyugante: una vez que se empieza no se puede abandonar, pues lo difícil aquí no es hallar la puerta de entrada, sino la de salida.

Autor de una amplia e importante producción para niños (entre esos títulos, destaco de modo particular [Abuelita Milagro](#), [Cuentos de cuando La Habana era chiquita](#), [Mi bicicleta es un hada y otros secretos por el estilo](#) y [El Sueño](#)), así como de dos volúmenes de cuentos para adultos ([Strip-tease](#) y [Querido Drácula](#)), Antonio Orlando Rodríguez tiene sobradamente probado que es un estupendo contador de historias y que además sabe hacerlo con tanta inteligencia como amenidad, algo impagable en tiempos en que muchas veces literatura de calidad y aburrimiento suelen venir indisolublemente unidos, como si fuesen hermanos siameses.

Por último, *Aprendices de brujo* es de principio a fin una novela en estado puro, en la cual Rodríguez no toma el género como pretexto o vehículo para hacer alarde de sesudas tesis o brillantes galanuras estilísticas, cosas más propias para el ensayo o la poesía. Los protagonistas de la novela son dos adinerados dandis de Bogotá, Wenceslao Hoyos y Lucho Belalcázar Reyes. Este último, también su narrador, hace de los dos esta breve pero gráfica descripción: “Somos jóvenes, bellos y elegantes, ambos personas señaladas y de calidad, la suerte nos sonríe y, como

si eso fuera poco, nos amamos con la misma devoción que cinco años atrás, cuando decidimos compartir nuestras vidas”. La trama se desarrolla entre octubre de 1923 y febrero de 1924 y tiene como escenario dos ciudades entonces muy diferentes entre sí: la provinciana, moralista y tradicional Bogotá, y la moderna, atrevida y cosmopolita La Habana.

De la primera comenta Lucho que “duerme hecha un ovillo y sueña que es una gran capital. De tanto soñarlo, ha terminado por creérselo. Pero no es cierto. En realidad es una aldea sucia e inaccesible en la que vivimos apenas doscientas mil almas”.

Los dos jóvenes viajan a La Habana para realizar el sueño dorado de Wen: asistir a las representaciones que la mítica Eleonora Duse ofrecerá en el Teatro Nacional y, de ser posible, entrevistarla. Durante su estancia, tienen numerosas ocasiones de corroborar lo que la célebre diva italiana les comenta sobre La Habana: “Es más que una ciudad con alma: es una esencia, un modo de ser y de estar”. Y también para comprobar una afirmación que habían escuchado muchas veces: “que los hombres cubanos son divinos”.

Lucho lleva además el encargo de su familia de encontrar a Misael, el tío suyo que era el miembro díscolo y vergüenza del clan Reyes. Tras varios años de silencio, sus hermanos recibieron una carta de él donde les pide una cuantiosa suma de dinero que necesita con la mayor urgencia. En La Habana los dos jóvenes vivirán las más insólitas peripecias, que los arrastrarán sin respiro a verse implicados en un misterioso y brutal crimen, a asistir junto con la mismísima Eleonora a un toque de tambores en honor de Babalú Ayé, a un homenaje a Lenin que termina en una batalla campal entre comunistas y boicoteadores, a un fastuoso baile de disfraces y, por supuesto, a orgías interraciales con blancos, negros y mulatos sobre las cuales el narrador prefiere correr “un velo inconsútil, pero discreto”. Farsa, política, erotismo, personajes reales y ficticios, ingredientes sobrenaturales y una intriga policial se entremezclan en un libro que se lee y se disfruta como una novela de aventuras.

Sin pretender en ningún momento ser una novela histórica, *Aprendices de brujo* ofrece además una magnífica recreación de una época, la de los “locos años 20”. Para escribirla, Antonio Orlando Rodríguez realizó una exhaustiva investigación en libros, revistas y periódicos de Colombia y Cuba, que lo llevó a trabajar durante varios meses en la Biblioteca Luis Ángel Arango, de Bogotá, y en la Cuban Heritage Collection, de la University of Miami. Su novela está así repleta de datos, referencias a hechos ocurridos en ese período e ingredientes costumbristas, que contribuyen a dar autenticidad al trasfondo histórico donde se desarrolla la trama, pero sin que el rigor documental lastre la narración. Sólo se permite en ese aspecto un anacronismo, al presentar una fisonomía del habanero Paseo del Prado que éste aún no poseía. Su argumento para justificarlo es muy convincente: “Como me pareció terrible que Wenceslao y Lucho no pudieran conocer el Prado con sus leones de bronce y sus farolas, decidí adelantar un poco la remodelación de la alameda”. Similar criterio de recreación y no de reconstrucción sigue Rodríguez con los personajes reales que hace intervenir en su libro, a los que trata y pide sean vistos como entidades de ficción. Eso le permite crear con plena libertad escenas tan deliciosas

como la animada charla que sostiene, durante el entreacto de una de las representaciones de la Duse, un grupo de damas y caballeros, entre los que figuran Francisco Ichaso, José María Chacón y Calvo, los hermanos Dulce María, Flor y Carlos Manuel Loynaz y un imberbe periodista de la revista *Social* que hablaba arrastrando las erres, llamado Alejo Carpentier. Por supuesto, se trata de diálogos y situaciones inventados por el novelista, pero que bien pudieron haber ocurrido más o menos así.

Un tratamiento bien distinto merecen otros personajes reales que son recreados en *Aprendices de brujo*, en los que la mirada amable es sustituida por un humor irreverente y una demoledora imagen caricaturesca. En esos casos se hallan Graziella Gerbalasa y Olavo Vázquez Garralaga, en quienes Rodríguez caricaturiza a dos mediocres literatos de esa época. Tampoco escapan a esa ironía dinamitera dos conocidos líderes obreros, Alfredo López y Carlos Baliño. La impresión que de ellos deja Lucho Belalcázar es implacable: el primero le parece “un tipógrafo insoportable y medio anarquista, con cara de estreñido”, y el segundo, “un viejo chocho que tiene que pedirle permiso a un pie para mover el otro”. Pero lo que seguramente hará que más de uno se rasgue las vestiduras es la osadía de Rodríguez de presentar a Julio Antonio Mella como oscuro objeto de deseo del narrador. ¡El fundador del Partido Comunista de Cuba convertido en icono gay! Hombre, encantos físicos no le faltaban para serlo, como demuestran las fotos que Tina Modotti le tomó tal y como su señora madre lo trajo al mundo (sí, como lo están leyendo: en cueros). Mas no hay motivos para clamar a ese cielo que fue tomado por asalto. Al final, Lucho termina por admitir que el Apolo comunista “nunca accederá a meterse en la cama con otro tipo y muchísimo menos dejará que le toquen el culo”.

Apunté antes que Lucho Belalcázar es quien narra la historia. En realidad, en *Aprendices de brujo* hay dos voces y dos líneas narrativas. La otra corresponde a Eleonora Duse, quien en un largo monólogo hace un repaso de su vida y reflexiona sobre algunos de los llamados temas universales: la guerra, la muerte, el amor, la soledad. En esas partes el registro de la novela cambia de manera notoria, y pasa a un tono confesional, a ratos lírico, evocador, aunque abierto también a la ironía, con el que la diva habla con una descarnada sinceridad. Eso da pie a páginas de gran belleza, que establecen un contrapunto con el desenfado y la frivolidad de Lucho Belalcázar. En el caso de éste, Rodríguez realiza un verdadero *tour de force* estilístico, al imitar la probable escritura de un joven bogotano de los años 20. Conviene que insista en que lo que hace es una recreación del espíritu y la sicología de la época, y no una reconstrucción minuciosa y exacta, algo que tiene que ver más con la arqueología que con la literatura.

En las páginas finales, *Aprendices de brujo* reserva al lector una prueba más de la sabiduría narrativa de Antonio Orlando Rodríguez. Provocada por la gripe que contrae poco antes de salir de Cuba, Lucho Belalcázar tiene una pesadilla que le permite ver lo que sucederá décadas después en Bogotá y La Habana. La capital de la isla caribeña se le aparece desprovista de todos los encantos que tanto admiró en 1924; ahora es una ciudad vulgar, repelente, sucia, llena de trincheras, armas y soldados que vaticinan la inminencia de “una batalla muchas veces anunciada y eternamente postergada”. En ese vórtice al que sus habitantes se ven arrastrados,

puede ver a un hombre que se halla subido a un pedestal, para que nadie dude de que ese desastre es obra suya, y que gesticula de modo grandilocuente: «es el anticristo». En su horrible sueño sobrevuela después una Bogotá saqueada, con edificios que arden y gentes que aúllan y disparan sus armas. En medio de ese *mare magnum*, adivina que en algún lugar de su natal Atenas suramericana, tal vez en el cuarto de un hotelucho barato, está el mismo hombretón de La Habana, aquel elegido del Maligno que ha desatado el caos en Bogotá, “cambiando su faz, ensombreciéndola, transformándola, súbitamente y para siempre, en algo distinto de lo que era”. No quiero referirme, en fin, a otros detalles que los lectores agradecerán no les sean revelados. Tan solo deseo señalar la inteligencia con que Rodríguez ha sabido proyectar a la actualidad más dolorosa y cercana esa historia ambientada a mediados de los años 20.

En esta primera incursión suya en la novela, Antonio Orlando Rodríguez ha conseguido moverse con una seguridad, una desenvoltura y una solvencia que en ningún momento delatan su condición de primerizo. Narra con tanta naturalidad y encanto, que su obra pareciera haber nacido de una sencillez que, sin embargo, es resultado del talento y el esfuerzo. Todo esos méritos hacen de la lectura de *Aprendices de brujo* una experiencia tan enriquecedora como disfrutable.

Publicado en la revista *Encuentro*, Madrid, España, No. 30-31, otoño-invierno 2003-2004, pp. 282-285.